

PRÓLOGO

*Jorge G. Castañeda**

Lo que quisiera hacer primero en esta colaboración es una pregunta que creo puede ser un punto de partida para tratar de entender el enigma que plantea no sólo la llegada de Trump a la Casa Blanca sino incluso su desempeño durante los primeros años de su gestión presidencial. Es una pregunta que se han planteado muchos en Estados Unidos, y obviamente en México también, sobre si lo que hemos atestiguado en materia de repliegue de Estados Unidos de los órdenes multilateral y regional construidos después de la segunda guerra mundial es una suspensión más o menos efímera (de cuatro u ocho años, según el grado de optimismo que cada quien pueda tener), o si es en realidad el fin de una época, el principio de una era que vaya más allá de Trump.

Podríamos argüir que Trump sería simplemente el reflejo de una serie de procesos internos en Estados Unidos, un reflejo caricaturesco, si se quiere, un reflejo extremo, si se quiere, pero reflejo al fin: ¿es una suspensión, un paréntesis o el fin de una época?

Como es bien sabido, el orden internacional actual, si bien tiene algunos antecedentes previos a la segunda guerra, básicamente se trata de una estructura. Una construcción que comienza con la Carta de San Francisco y evoluciona a partir de 1945 por varias vías, que nunca se complementaron al mismo tiempo entre sí. Quizás el mejor ejemplo del carácter parcial de la consumación de sus intenciones fue la Conferencia de Bretton Woods, de donde sí provienen el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, pero no la Organización Mundial del Comercio, cuyos orígenes se remontan al Acuerdo General de Aranceles y Comercio (General Agreement on Trade and Tariffs, GATT), acordado en La Habana en 1948.

Sin embargo, la Carta de San Francisco sí creó una serie de instituciones que se complementan con la Organización de las Naciones Unidas (ONU)

* Excanciller de la república mexicana.

en Nueva York y, además, comienzan a constituirse como parte de una red institucional de organismos regionales o multilaterales en otros ámbitos. Esta ingeniería del orden internacional fue esencialmente concebida de acuerdo con los intereses de Estados Unidos, y diseñada por Estados Unidos. No fue una casualidad que la Carta se negociara y firmara en su territorio. Tampoco que la conferencia de Bretton Woods tuviese lugar en Nueva Hampshire porque, para empezar, era difícil realizarla en cualquier otro sitio, no había dónde y, en segundo término, porque claramente la potencia hegemónica que surgió a partir de la segunda guerra mundial fue Estados Unidos.

En ese momento es probable que la economía estadounidense representara algo así como el 50 por ciento del producto interno bruto (PIB) mundial; resulta difícil calcular las cifras con seguridad. Se trata ciertamente de una proporción aberrante, que tiene sentido si se recuerda que las economías de Alemania, Japón y la Unión Soviética fueron completamente destruidas. En este sentido, ¿con qué país podía compararse a la Unión Americana?, ¿acaso con México? Aquí no pasó nada, pero tampoco había nada; por ello no venía mucho al caso.

Estados Unidos emprende este esfuerzo de liderazgo mundial a partir de 1944, todavía con Roosevelt, en lo que constituyó una ruptura bastante seria con su pasado. Conviene recordar que el Washington que negocia las cartas de San Francisco y Bretton Woods es el mismo que no aprobó la Carta de la Sociedad de Naciones ni el Tratado de Versalles en 1918. Son prácticamente los mismos valores políticos y la misma clase política, pues apenas habían pasado veinticinco años, que no es nada, un periodo tremendamente breve en términos históricos.

Estados Unidos era, en los tiempos de la administración de Roosevelt, un país que aceptaba su responsabilidad internacional y desempeñaba un papel absolutamente fundamental en la construcción del orden mundial que surgió al finalizar la segunda guerra mundial, aunque siempre a regañadientes. Siempre con renuencia, con resistencias; siempre con ese sector muy importante al interior de su sociedad que se oponía a todo ese protagonismo estadounidense en el mundo, los famosos aislacionistas, o neoaislacionistas, que no compartían para nada la visión, digamos global, internacional, cosmopolita, si se quiere, de Roosevelt, e incluso de Truman.

En ese mismo momento surgen el Plan Marshall y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en este último caso a partir de 1947-1948, y

aunque se trata de una organización de otro tipo, de una alianza militar, de todas formas mantiene un carácter multilateral, un enfoque que nace en dicha época bajo el liderazgo de Estados Unidos. Estas estructuras, estas creaciones, durarán todo el medio siglo que sigue, o incluso un poco más, añadiéndose distintas organizaciones en diferentes partes del mundo, en muchas ocasiones con una participación estadounidense muy activa. Los casos tal vez más evidentes para nosotros sean los de la Organización de Estados Americanos (OEA), así como las distintas rondas del GATT: la de Kennedy, la de Tokio, la de Uruguay y, finalmente, su transformación en el año 2000 en la Organización Mundial del Comercio (OMC), cuarenta y cinco años después. Otros tratados que asimismo surgieron durante esos años se lograron entre Estados Unidos y la Unión Soviética; entre Estados Unidos, primero con el Mercado Común Europeo, luego con la Comunidad Económica Europea y más tarde con la Unión Europea; y desde luego también se produjeron acuerdos en Asia y en otras partes del mundo.

Ahora bien, a pesar de la consolidada existencia a lo largo de los años de esta estructura de las relaciones internacionales, a mediados de 2016 apareció un candidato a la Presidencia de Estados Unidos que afirmaba que no le gustaba nada de esto y que pensaba echarlo todo para atrás; lo hacía, de acuerdo con nuestra interpretación, como respuesta a un filón, a una tendencia en la opinión pública y en las tradiciones diplomática y política de Estados Unidos que siempre ha estado presente. No había sido mayoritaria, salvo en 1918, pero en realidad siempre existió.

Lo más importante que hay que subrayar es que Donald Trump se ubica en una tradición estadounidense muy clara, conocida y estudiada, que aunque nos pueda parecer a muchos deplorable, como es mi caso, para muchos otros no lo es. Esto se debe a que, sobre todo para los representantes de cierta izquierda en el mundo, en diversas coyunturas desde los años cuarenta y especialmente a partir del inicio de la guerra fría, lo ideal era que Estados Unidos no estuviera presente en todas las organizaciones. Por el contrario, muchos sectores lo veían como algo pernicioso, nocivo para el mundo en general y para los pueblos del llamado Tercer Mundo, según la terminología que cada quien quiera utilizar; y entonces aparece Trump, firmemente arraigado en esta tradición estadounidense y empieza sin ambages a plantear en su campaña electoral la opción, el deseo o la voluntad de retirar y replugar a Estados Unidos del orden internacional vigente.

Ya existían antecedentes de esta actitud en distintos momentos; por ejemplo, en los años setenta se produjo un grave problema con Israel en la UNESCO, que ocasionó que Estados Unidos se retirara durante un largo periodo de dicha organización. A finales de los noventa se repitió el mismo asunto y de nueva cuenta se complicó la permanencia estadounidense en esa agencia de la ONU con George Bush padre. Posteriormente, el propio Bush decidió el retiro virtual de su país de la Corte Internacional de Justicia de La Haya a raíz de la derrota que sufrió Estados Unidos en el llamado “Caso Avena”, cuando México lo demandó por no respetar la Convención de Viena en sus capítulos relativos a la notificación consular.

Incluso Bush empezó a coquetear, durante la guerra de Irak, con una idea que denominó *Coalition of the Willing*, una coalición de los “deseosos” o los “disponibles” para apoyarlo en el mencionado conflicto bélico, incluso al margen de las resoluciones de Naciones Unidas. Bush tuvo la iniciativa de acudir personalmente al Consejo de Seguridad para buscar el apoyo mayoritario a la resolución que le permitiría invadir Irak con el aval del derecho internacional. No lo logró, pero por lo menos lo propuso. A pesar de su derrota en el máximo organismo garante de la seguridad de la ONU, decidió de todos modos seguir adelante con la invasión, como lo ha hecho Estados Unidos en muchas otras ocasiones, pero al menos existía todavía en ese momento la intención de proceder de acuerdo con las regulaciones internacionales, a diferencia, por ejemplo, de la más reciente intervención de Estados Unidos, Reino Unido y Francia en Siria, conflicto que escaló en 2014, y cuya ofensiva más intensa data de 2017, ya con Trump en el poder, quien ni siquiera se planteó asistir al Consejo de Seguridad para evitar colocar a Rusia en una situación tan incómoda, porque obviamente esa nación habría tenido que vetar cualquier resolución; China tal vez la hubiera dejado pasar mediante la abstención, pero los votos de los demás miembros habrían sin duda colocado a Rusia en una situación muy compleja, como el único país que se opusiera a la decisión que se avizoraba, lo cual habría afectado fuertemente su reputación en el concierto de las naciones.

Probablemente Trump no lo hizo debido a sus “amoríos” con Vladimir Putin. Tiene muchos amoríos por allá; es un hombre muy abierto, de libre pensamiento. Sin embargo, lo que planteaba ya desde su campaña y lo que empezó a suceder a partir de su llegada a la Casa Blanca es muy distinto de aquellos “destellos” de Bush padre, o de otros antes que él, de procurar zafarse, salirse, del orden internacional cuando les conviene. A partir de la victoria de Trump

y de su arribo al poder, esta tendencia se acelera a gran velocidad, razón por la cual se multiplicaron los retiros, las defecciones de Estados Unidos, de muchos mecanismos y organizaciones multilaterales. Los más conocidos son, desde luego, los abandonos del Acuerdo de París sobre Cambio Climático; del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica, que es un derivado de alguna manera de la OMC y/o del entonces vigente Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y de otros instrumentos semejantes. También puede mencionarse su decisión de retirarse de algunos acuerdos semibilaterales, como por ejemplo el acuerdo nuclear entre Irán y el llamado G5+1, del que Estados Unidos formaba parte; la renuncia a, o la no presencia mantenida en la Corte Penal Internacional, y como se había mencionado, las salidas de la Corte Internacional de Justicia y nuevamente de la UNESCO por el tema del conflicto entre Palestina e Israel. Asimismo, también destaca, en el mismo sentido de alejamiento del multilateralismo, una serie de posturas muy reticentes, muy tendentes a la no participación estadounidense en muchos otros instrumentos e instancias de los ámbitos regionales y mundiales. Son muy frecuentes sus amenazas de marcharse de la OMC. Cuando el presidente Trump declara: “nos vamos a salir también de ahí”, nunca se sabe muy bien si cumplirá o no, pero lo declara constantemente. La última decisión presidencial relativa a rechazar a las instituciones del sistema internacional es quizás también una de las de mayor trascendencia: desistir de apoyar financieramente y dejar de ser miembro de la Organización Mundial de la Salud (OMS), a propósito de diferendos relacionados con la pandemia de Covid-19.

¿Qué significa todo esto? En primer lugar, quedaría pendiente conocer si serán determinaciones provisionales o permanentes, pero en todo caso se abre un periodo en el cual los arquitectos, los fundadores, los que subsidian a todas estas organizaciones de repente resuelven que van a retirarse, lo cual sin duda es muy grave desde los puntos de vista geopolítico, jurídico y político, pero también desde el análisis estrictamente financiero, dado que casi todas estas organizaciones sobreviven, en buena medida, de las aportaciones monetarias de Estados Unidos.

Hay que tomar en cuenta que de cierta forma Trump tiene algo de razón cuando sostiene: “Veamos, cuando nosotros representábamos el 50 por ciento del PIB total del mundo, pues está bien, nos tocaba, nada más que ahora eso ya no ocurre, hoy constituimos tan sólo el 25 por ciento, o incluso únicamente

el 20 por ciento; entonces ahora les toca a ustedes; ustedes los alemanes, ustedes los japoneses, ustedes los chinos, ustedes los mexicanos, que ya tampoco son los niños pobres de barrio, etcétera, etcétera”.

Es cierto que sí hay algo de razón en ese argumento, no sólo en el caso de la OTAN, sino también en el de la ONU, en que una serie de países no paga lo que debería y de momento los recortes que Trump ha impuesto a la organización en Nueva York son brutales. Llegó un momento en que el secretario general Guterres ya no sabía ni qué hacer y buscaba cómo podía quedar lo mejor posible con el presidente estadounidense para que no le redujeran casi todo el presupuesto y lo dejaran hasta sin teléfono o papel de baño. Era una situación real, con recortes de esa magnitud, al estilo mexicano de las épocas de austeridad.

Es muy difícil que estas grandes estructuras institucionales multilaterales sobrevivan, por lo menos funcionalmente, sin Estados Unidos; es muy complicado. Las tonterías que escuchamos en el sexenio pasado de que México, junto con los brasileños y algunos otros países no tan serios, al estilo de: “Queremos una OEA sin Estados Unidos y sin Canadá; tenemos la Celac”, son eso, tonterías, propuestas inviábiles. O, ¿quién va a pagar?, ¿Bolivia? Sostenían: “Unasur, porque vamos a defender a los pueblos”. Sí, pero ¿quién va a pagar por defender a los pueblos? Siempre es un problema porque los pueblos tienden a ser pobres y los que son ricos, ¿no son pueblos entonces?, ¿cómo le haremos?

De la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) ya se retiraron la mitad de los países porque nadie quiere estar ahí, y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac) prácticamente ya no existe, nunca tuvo ninguna razón de ser, se trata de una aberración inventada por México por las peores razones del mundo, por una especie de rivalidad absurda con Brasil; pura inseguridad y complejos de inferioridad de Felipe Calderón. El problema real consiste en que es muy difícil que todos estos organismos funcionen sin Estados Unidos. Entonces, ¿qué va a pasar ahora?; ¿nos vamos a quedar sin instituciones internacionales o sí existen naciones que puedan llenar el vacío que dejan los estadounidenses? Un asunto independiente incluso de la respuesta a la pregunta sobre si esta situación es pasajera o es definitiva.

¿Quién es, pues, el bueno, el país que puede sustituir a la Unión Americana? El primer mito obviamente es que puede ser China. Sí, se trata de un

mito completo en el sentido de que el gigante asiático desde luego que no va a desempeñar ese papel ni en la ONU, ni en la OMC, ni en la UNESCO, ni en la FAO, ni en ninguna otra de las principales organizaciones. No tiene la vocación, ni le interesa. Tampoco cuenta con el dinero para pagar todas esas cuotas en las cantidades en que lo hacía Estados Unidos, pues su participación en el PIB mundial y su presupuesto para la diplomacia y las relaciones internacionales siguen siendo muy inferiores a los de la potencia de América del Norte. No tienen ni siquiera los funcionarios suficientes que hablen todos los idiomas que se utilizan en esas instituciones.

El chino es formalmente un idioma, salvo que sólo lo hablan los chinos, lo cual sí es un problema. “Nosotros tenemos derecho a hablar en chino”, defienden; pues que hablen en chino, pero no les va a entender nadie. Entonces, si no pagan los intérpretes que traducen de chino al inglés, al castellano, al francés, al ruso y al árabe, pues no los va a entender nadie y los intérpretes son caros, muy caros. Se puede vivir muy bien trabajando una semana al mes como intérprete. ¿Por qué?, porque les pagan muy bien; ¿y quién les paga? Los chinos por supuesto no.

Ahora bien, más allá de todo lo anterior está el hecho de que los chinos no tienen todavía una vocación de liderazgo internacional y pensamos que pasarán cincuenta o sesenta años antes de que la desarrollen. No les interesa, no disponen de las capacidades, no cuentan con la visión para ello. Las tienen, y de sobra, para otras cosas, como para su desarrollo interno; quizás también para construir un liderazgo dentro de su ubicación regional en el mar del sur de China, en la Ruta de la Seda. Todo eso sí les importa, pero respecto de la ONU, no les ha interesado todavía. En conclusión, China no va a ocupar la posición que liberan los estadounidenses en los ámbitos de las instituciones globales en un futuro próximo, ni siquiera en el mediano plazo.

¿Y qué pasa con los famosos BRICS? En realidad ya nos hemos olvidado en gran medida de los BRICS; hace siete u ocho años todavía existía un mito acerca de ellos: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, las cinco grandes economías emergentes. Hace ya algunos años incluso se publicó un artículo en *Foreign Affairs* en que se sostenía, metafóricamente, que estos países aún no estaban listos para horario AAA en la TV: “BRICS: Not Ready for Prime Time”, se titulaba.¹

¹ Jorge G. Castañeda, “Not Ready for Prime Time”, *Foreign Affairs*, 28 de agosto de 2010.

Pues, en efecto, no estaban listos para los horarios estelares. ¿Por qué?, porque tampoco tenían la vocación. No quiero hacer leña del árbol caído, pero normalmente la leña se hace de los árboles caídos: Luiz Inácio Lula da Silva, expresidente de Brasil que quería ser un gran líder mundial, terminó en la cárcel. Es complicado ser un líder mundial y estar encerrado; justa o injustamente, ésa es otra discusión, pero el hecho es que así como para alcanzar un posicionamiento en el liderazgo internacional no pintaba muy bien.

Vladimir Putin sí es un líder mundial, pero con una visión muy particular del mundo, de su país y de los valores que dice defender; es decir, ¿cómo vamos a lograr hacer compatibles las posturas del presidente ruso, por ejemplo, en materia de derechos de la comunidad LGBTTTT con los instrumentos internacionales de protección de los derechos humanos?; ¿cómo se come eso? No se come, sino que produce indigestión. En otras palabras, las convicciones de Putin no encajan para aspirar a desempeñar ese papel.

India es un país muy grande, maravilloso y muy poblado ubicado en el sur asiático, punto. No salen de ahí y van a pasar muchos años, decenas tal vez, antes de que consigan hacerlo, pues incluso con muchas dificultades apenas extienden su influencia en su propia región, acosados desde luego por China, Pakistán y, a su manera, por Bangladesh y hasta por Sri Lanka, dados los problemas que se han generado con los pueblos tamiles.

De modo que no parece que los BRICS puedan o tengan alguna capacidad para sustituir a Estados Unidos en la función de liderar a las naciones. Entonces, ¿quiénes sí podrían hacerlo? Pues quienes se han pronunciado en el sentido de que les interesa y están en posibilidades reales de lograrlo han sido, sobre todo, dos líderes de la Unión Europea: Angela Merkel y Emmanuel Macron. Acerca de la canciller alemana, quien tiene mucho más experiencia en la política de Alemania y en la europea, como consecuencia de los muchos años en que ha logrado mantenerse en sus más altos niveles así como en las preferencias ciudadanas, y quien sin duda es muy respetada y reconocida, podemos decir que no acaba de cuajar como una líder global indiscutible; por su parte, son pocos los elementos que tenemos para poder valorar si el presidente francés realmente cuenta con tales capacidades de supervivencia política y de proyección de su imagen. Lo cierto es que parece existir una cierta buena disposición de algunos de los principales países de la Unión Europea para tratar de llenar el hueco que voluntariamente dejaron los estadounidenses, y de hacerlo lo mejor que puedan.

No obstante, para empezar ninguno de los dos dirigentes mencionados dispondría de los recursos necesarios, salvo que se considerara en su conjunto a la totalidad de los 27 Estados integrantes de la Unión Europea (UE), ya restadas las aportaciones con las que pudo en su momento contribuir su reciente exmiembro, el Reino Unido. En segundo lugar, ni de lejos existe un consenso dentro de la UE para la mayoría de los temas, entre ellos el que nos ocupa. Quizás sí pueda afirmarse que son notorias las coincidencias de políticas y posturas internacionales en el eje París-Berlín, algo ciertamente positivo, pero que ocurre prácticamente sólo en ese espacio. A lo mejor los italianos y los holandeses también puedan sumarse a la causa, pero no muchos más, con lo cual no alcanzaría ni militar, ni política, ni fiscalmente para lograr el objetivo de dirigir el complejo entramado de las instituciones multilaterales, pero al menos allí habría una base, un punto de partida.

Asimismo, pensamos que es viable agregar a dos poderes adicionales que podrían desempeñar un rol significativo, aunque sería difícil prever con claridad durante cuánto tiempo y hasta qué punto lograrían ser eficientes para llenar dicho vacío:

1. Los llamados *like-minded countries*; es decir, aquellos países que piensan más o menos igual, que realmente han hecho suyo y se han comprometido con este orden jurídico, político e internacional vigente desde la finalización de la segunda guerra mundial. Sin duda unos más que otros, pero en general todos comparten la visión de que debe existir un régimen legal internacional, que promueva valores e instrumentos supranacionales, multilaterales o regionales, que contemple como necesarios los convenios internacionales e interregionales, así como edifique la arquitectura institucional mínima indispensable para que se respeten y se mantengan. Que no sean simplemente convenios *ad hoc* de una administración, como señala ahora Trump a propósito del acuerdo nuclear con Irán, del que asegura es un arreglo de Obama con los ayatolas; de Obama y no de Estados Unidos, por lo que ahora que el expresidente ya se fue el acuerdo se canceló. Los *like-minded countries* sí podrían convertirse en una fuente viable para rellenar el vacío. ¿Quiénes son? Somos México y Brasil, aunque pareciera que no; Canadá, quizás el más importante; Japón, en muchos casos no del todo ya que los japoneses son muy complicados: ellos son

un poco al revés que los demás, ponen dinero pero no se involucran, algo que en ocasiones se agradece, aunque en algún momento lo tendrán que hacer.

2. El otro gran poder o factor que puede llegar a incidir en la reconfiguración del orden mundial es, desde luego, la opinión pública estadounidense. Esto es, las fuerzas internas en el país que no comparten la visión aislacionista de Trump y que sí estiman que Estados Unidos debe seguir formando parte y encabezar el orden jurídico internacional surgido a partir de la posguerra.

En este punto es donde nos encontramos actualmente: decidir primero si existe o no un vacío de poder en el campo de las relaciones internacionales; y si lo hay, pensar en cómo llenarlo. Ahora bien, insistimos en que la gran pregunta, la más trascendente, es la siguiente: ¿se trata de una situación provisional o de algo más profundo y permanente? Para intentar contestarla, deberemos utilizar unos cuantos párrafos para reflexionar acerca de algo que todos conocemos, pero que resulta muy relevante repasar cuantas veces sea necesario: ¿cuáles son las causas y las razones que conducen a Donald Trump a la Presidencia?

Si dicho acontecimiento es una aberración, si es algo que jamás debió suceder, si se trata de una especie de accidente histórico, pues entonces no es tan grave, incluso si durara los ocho años. Obviamente sería mucho peor si dura ocho que si dura cuatro. Sin embargo, finalmente se acabaría y entonces sería cosa de aguantar hasta que amanezca, ni modo.

Por el contrario, si estamos frente a algo más profundo, entonces sí que tenemos un problema. En primer lugar, es preciso definir ¿qué es eso más profundo? Observamos en los estudios que se han publicado desde las elecciones de 2016, tanto en los que salieron en los primeros días hasta en aquellos que con el paso del tiempo han recabado más información y datos, y los han interpretado con mayor profundidad y mejores herramientas tecnológicas, algunas constantes, pero también importantes diferencias. Por ejemplo, con los estudios más precisos de los datos electorales, mediante el diseño y aplicación de nuevos algoritmos y otros instrumentos de la nueva ciencia de datos, referida en muchos medios estadounidenses como *big data* o *data analysis*, realmente muy potentes, se ha logrado llegar a conclusiones mucho más finas y acertadas conforme pasa el tiempo.

Gracias a ello sabemos que Trump es el presidente de los blancos, varones, de más de cincuenta años y con otra característica todavía más complicada, que son los llamados *non-college*, es decir, personas sin educación superior. Existe aquí una falacia muy interesante que algunos estadounidenses han empezado a reconocer, pero que todavía no se ha valorado quizás lo suficiente. Cuando se pregunta en la mayoría de las encuestas o en los levantamientos de los censos a los ciudadanos de Estados Unidos si tienen educación universitaria o no, se incluye a las tres modalidades de los estudios superiores en ese país: el *community college*, cuyos programas de estudio son de dos años; el *college*, con programas de cuatro años, y el nivel de *professional* o *postgraduate*, que implica de tres a cinco años de estudios adicionales a los anteriores y que incluye disciplinas como la medicina, el derecho y los negocios, o bien las especializaciones avanzadas en maestrías (*master's degrees*) o doctorados (*PHDs*).

Si analizamos cómo son los *community colleges* en Estados Unidos y, sobre todo, de dónde provienen sus estudiantes, quienes después, en caso de concluir satisfactoriamente con este nivel de instrucción, pueden avanzar al sistema público estatal de educación superior, también conocido como *university system*, podremos percatarnos de que se trata de jóvenes que llegan de zonas pobres, con niveles educativos muy bajos, en una proporción mucho más elevada que el promedio general. Un porcentaje muy alto de los afroamericanos y de los latinos —no de los asiáticos, porque ésa es otra historia totalmente distinta—, reciben una educación de bachillerato muy deficiente, que de alguna manera tratan de remediar con los dos años del *community college*, que podría equipararse a los dos últimos años de la preparatoria en el sistema mexicano, o a los dos primeros del bachillerato francés, o a lo mejor, ciertamente exagerando, a los primeros años de la instrucción primaria en los sistemas finlandés o surcoreano. Realmente se trata de una educación increíblemente deficiente, que no debiera de ninguna manera considerarse como universitaria o superior.

Si consideramos, entonces, a los egresados blancos de los *community colleges* como población *non-college* tendríamos una cifra incluso superior de los potenciales seguidores de Trump. Tendríamos un universo de personas a quienes no les va muy bien en la vida de acuerdo con sus propios criterios, no con los nuestros. A cualquiera de los individuos que caben en la clasificación que mencionamos más arriba (blancos, varones, de más de

cincuenta años y sin educación superior) les va mejor que al 90 por ciento de la población de ascendencia mexicana, pero obviamente estas personas no se comparan con los inmigrantes de origen mexicano, quienes les tienen sin cuidado, en el mejor de los casos, si no es que los detestan. Ellos se contrastan consigo mismos y con el mito o las ideas que tienen de cómo vivieron sus padres y abuelos.

En términos relativos tienen cierta razón, no así en general: de hecho, a la mayoría de estos estadounidenses les va mejor que a sus padres y abuelos en varios aspectos de la vida política y económica, pero si se les compara con la situación de sus predecesores en los sesenta o los cuarenta, incluso en los treinta, sus circunstancias en cuanto a reconocimiento social no son las mismas. Se sienten agraviados, ofendidos, minimizados, despreciados. Son los *angry white old men*, que están convencidos de que han perdido injustamente privilegios y derechos debido al surgimiento de un nuevo orden cultural y político mundial, que incluye fenómenos sociales y económicos tales como la acción afirmativa, la corrección política, la globalización y la pérdida de empleos.

Un ejemplo típico sería una fábrica en Indiana dedicada a manufacturar equipos de aire acondicionado que en su mayoría exportaba a Monterrey. El hecho es que los obreros que allí laboraban ganaban más o menos bien, alrededor de veinte dólares la hora. De repente, por razones de relocalización de la producción, muy comunes y características del proceso globalizador, cierran la planta o reducen la nómina a la mitad, lo cual trae consigo como uno de sus primeros efectos perniciosos y de compleja solución que la plantilla laboral, cuyos miembros tendrían, pongamos, cincuenta años de edad en promedio, ¿a qué se va a dedicar ahora? Pues estos trabajadores de escasa preparación no van a poder emplearse en una actividad en donde ganen veinte dólares la hora; quizás, si bien les va, lo harán en alguna en que les paguen diez. Desde luego, se trata de un problema social y político con amplias implicaciones para el sistema en su conjunto.

Una persona que no entienda mucho de tendencias macroeconómicas probablemente pensaría: “Está bien, pero entonces, ¿también voy a pagar la mitad de la renta o de la hipoteca, la mitad de la mensualidad del coche, media colegiatura de la educación universitaria de mi hijo?” Habría que preguntar al propietario del inmueble, al banco, a la agencia automotriz o a la universidad qué opinan al respecto. Es decir, de repente ganas la mitad, pero

todos tus pasivos, todos tus compromisos no se reducen en la misma proporción, se mantienen igual. Eso es para volverse locos, y a eso hay que agregar que al buscar un nuevo empleo, el de los diez dólares, se van a encontrar con un mexicano o una mexicana que ellos visualizan como que están compitiendo por el mismo puesto de trabajo. En muchos casos no es cierto, pero en algunos otros sí lo es.

Un caso obvio de un campo en el que se producen estos desplazamientos laborales es el de la enfermería. Un ejemplo hipotético: una mujer de cincuenta años todavía activa y sana, que antes trabajaba como obrera en la planta de aires acondicionados, queda desempleada repentinamente; sin embargo, tal vez sí pudiera desempeñarse como enfermera si estudia o estudió para asistente de enfermería, y es justo ahí en donde con mucha probabilidad se va a encontrar con la competencia de una mexicana o una centroamericana, seguramente sin papeles. De una mujer joven, de veinte, quizás de veinticinco, a lo más de treinta años, más fuerte, más dispuesta a trabajar ocho, diez, doce horas diarias, porque envía una parte significativa del dinero a México o El Salvador, posiblemente con mayor empatía para con los pacientes y sus familiares. ¿Por qué? Pues porque de algún modo esta indocumentada piensa que se sacó la lotería. En cambio, la extrabajadora blanca de mayor edad, hoy desempleada, rechazada en casi todos los empleos, se siente totalmente ofendida y humillada, muy enojada con sus circunstancias, y también desde luego con las autoridades y con la política de “su” país, con el llamado *establishment*, que permite, según su óptica, que le roben su bienestar; que consiente que sea desplazada por una extranjera. ¿Cuántos son los hombres y las mujeres estadounidenses en esta situación? Pues todavía son muchísimos, son la mayoría de la población nacida en Estados Unidos y, aún más importante, son la mayoría del electorado efectivo, porque los indocumentados, que son alrededor de doce millones, por definición no votan, mientras que las tasas de participación electoral de los latinos y de los afroamericanos que sí cuentan con la ciudadanía son las más bajas del país. Por lo tanto, tampoco representan su proporción aritmética dentro del electorado en potencia. En otras palabras, se trata de una mayoría que va a durar un buen tiempo, que desde luego no está a punto de desaparecer, que quizás pierda ese carácter dentro de veinte o treinta años, pero que indudablemente va a ser un factor que va a incidir con gran fuerza en la próxima elección presidencial, como lo hizo en noviembre de 2016.

Uno de los grandes errores de la entonces candidata Hillary Clinton y del Partido Demócrata fue asumir que el éxito de Barack Obama de movilizar a la población negra y a la latina en su favor en grandes cantidades también ocurriría en 2016, pero no sucedió. Por el contrario, las tasas de participación de ambos segmentos fueron más bajas, además de que ni de lejos compitieron con el amplísimo apoyo que recibió su rival republicano entre los mencionados hombres blancos de clase trabajadora, de mediana edad o mayores, afectados en sus niveles de vida por la globalización y con una muy escasa preparación profesional y un muy reducido nivel educativo como para poder ser competitivos en la nueva realidad del mercado laboral en Estados Unidos.

Si todo esto es cierto, probablemente va a ser muy difícil revertir el aislacionismo del que hemos dado cuenta en este texto, incluso cuando Trump se haya ido. No imposible pero sí muy difícil. En todo caso, será parte de una lucha y de un proceso en el que todos vamos a tener que participar; nos referimos a todos los países y a todas las sociedades, porque de otra forma sería casi imposible llevar a cabo tan complicada tarea, en tanto que esa “alma” aislacionista responde a tendencias muy profundas e internas de la sociedad estadounidense.

En este libro, concebido y editado por José Luis Valdés-Ugalde, se da cuenta con elocuencia y con una visión multidisciplinaria de todos estos temas y de muchos más. Además, se trata de un producto editorial de lo más oportuno, dada la muy importante transición política que se vive hoy en Estados Unidos.